

Del Aleti también se aprende

LUIS BALBUENA CASTELLANO

- Hola Carlos, ¿está tu padre? – le pregunté cuando me abrió la puerta de su casa.

- No, pero no creo que tarde. Pasa, por favor – me contestó.

Me indicó que le acompañara a la habitación que está al lado del salón de la entrada porque estaban retransmitiendo un partido del Atlético de Madrid. Era la época más dura de Gil y Gil. Enseguida noté que seguía las vicisitudes del partido con cierto apasionamiento.

- Perdona – me dijo- es que este es mi equipo.

(“Yo vivo al día siguiente”, dice Paco que yo dije un día. No le llevaré la contraria en lo que me favorece)

- ¿A pesar de Gil y Gil? – le pregunté intrigado.

- ¡Por supuesto! – respondió con el mismo apasionamiento. Y prosiguió: Ese personaje tiene luces y sombras como todos los mortales: cometió el error de meterse en política y es una circunstancia que pasará mientras que el “Aleti” tiene una historia y una afición que van mucho más allá de nadie. Nosotros lo consideramos el equipo del pueblo llano, de la gente sencilla que acude al estadio con una de las mayores fidelidades que se dan en el mundo del fútbol, incluso cuando no soplan buenos vientos, como ahora.

Confieso que me sorprendió en Carlos aquel acaloramiento con el que me hablaba de su equipo. Y siguió dándome datos y razones por las que consideraba su “equipo del alma” merecía serlo. Si su padre no hubiera llegado en medio de aquel panegírico, a lo mejor ahora sería yo un “forofo” más. Lo que sí consiguió es que, a partir de ahí, mirase al equipo con mejores ojos al separar mi antipatía hacia el presidente del equipo del propio equipo pues ya vi claro que eran dos cosas distintas...

Carlos expresa esta pasión por su “Aleti” en los libros.

(Podrías haber asistido esta tarde a la utopía invertida del Aleti perdiendo dos a cero y empató en el minuto final y porque no duró más el partido, que si no...)

Le conocía ya hacía algunos años gracias a la relación profesional y de amistad que me unía a sus padres. Sin embargo nuestras conversaciones hasta entonces apenas pasaban de las frases corteses habituales del saludo, bien en su casa, bien al cruzarnos por alguna calle del barrio. Después de aquella conversación y rato que compartimos, el campo de temas y de tiempo dedicado a la conversación se amplió considerablemente. Sus comentarios a los diversos temas me parecieron siempre juiciosos y propios de una persona madura. Llegué a comentarlo con sus padres más de una vez.

Cuando Salvador empezó a entrar en el legado de escritos que había dejado, me fue desvelando y dando a conocer algunas de las frases, poesías y comentarios que iban apareciendo. Yo no entiendo demasiado de técnica literaria, pero aquellos mensajes me transmitían cosas, sentimientos, emociones y Salvador me confirmaba que no era el único al que le producían esos efectos. En más de una ocasión le animé a que lo recopilara y ordenara para darlos a conocer. Durante cierto tiempo no supe más del asunto hasta que un día me llevé una alegría al comunicarme que había tomado la decisión de hacer la publicación de tres libros. Conociendo a Salvador sabía que aquel proyecto llegaría a hacerse realidad.

(Se tú mismo pero sin exagerar demasiado.

¿Hay personas que han nacido solo para odiar?¿Y las hay que lo han hecho sólo para ser odiadas?

Los buenos mentirosos)

Ya me he leído los tres libros que han salido de la mente de Carlos Salvador y hay que dar las gracias a Aurora y a Salvador por el tesón desplegado para darnos a conocer lo que este “viejo prematuro” fue capaz de crear en su corta vida, antes de equivocarse la hora de su despedida. Estas páginas me han permitido conocerle mejor y de tener ahora la sensación de pena por no haberlo sabido antes para que nuestras conversaciones hubiesen ido mucho más allá. ¡Quién sabe si le hubiese hecho interesar por las matemáticas, tan alejadas de su fructífero cerebro o que al menos me hubiera aceptado la presencia de su influencia en su vida cotidiana, aunque no fuera consciente de ello...!

(A ratos brillante, sobre todo en las asignaturas de letras, en especial, la literatura, y con el único problema de su incapacidad para aprehender la lógica matemática. Ese lenguaje que acerca a dios, como años más tarde comentaba...Carlos siempre le envidió a su hermana Bea su capacidad para las ecuaciones y las fórmulas.)

También los libros de Carlos Salvador permiten tener un bello y contundente contraejemplo para contrarrestar lo que a veces oyes de cerebros incompletos: "Todos los jóvenes son iguales..." Y es que hay una cierta tendencia perniciosa a la generalización. Si un día vas a un sitio y te tratan mal, aconsejas a los demás que no vayan "porque allí te tratan mal...". Pues no, todos los jóvenes no ven "telebasura" y, por tanto, los hay que piensan, que colaboran con proyectos solidarios, que estudian, que son capaces de escribir sus pensamientos como hizo este joven llamado Carlos Salvador. A veces, cuando trato con chicos o chicas así, me acuerdo de la poesía de Bécquer dedicada al arpa de la esquina, pues tal vez, como el arpa, esperan la mano y el aliento generoso para seguir creando o para darnos a conocer lo que ya han creado. Incluso con sus aficiones y con las cosas de sus mundos y mitos, son capaces de crear pensamientos que también nos hacen pensar.

(De todo la culpa la tiene el mito. Cuando el Aleti ganó la Liga, yo remojándome como en Neptuno en las huertas con una manguera impulsada por tía Lola, me daba cuenta de que el éxito era así: nada más, salvo el intento de ascender a la cumbre y ya arriba en la montaña hacértelo saber y exhibírselo a los demás.)

Aunque los libros de Carlos Salvador no están organizados por lecciones, no hay duda de que son muchas las que se pueden sacar de ellos. Para mí hay una que destaca: debemos creer en nuestros jóvenes con todo lo que ello significa y conlleva.